

Entreveros y afinidades 3

Color piel. Clínica, racismos y psicopolítica

Compiladores y editores:
Hernán Altobelli y Lila Grandal

Autores:

**H. Altobelli – A. Guaragna
R. Cabanzo de Ponce de León
Colectivo Ternura Insurgente
N. Gottlieb
S. Kleiman
J. Rodríguez
M. Cuzzi Cortez**

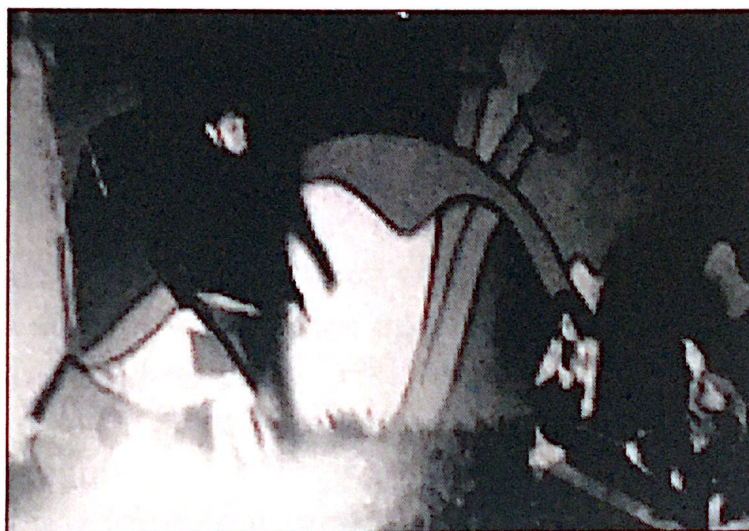
**L. Maltz – P. Farneda
G. Abadi
M. Bohórquez
Grupo de terapeutas y
colaboradores voluntarios
de la línea de escucha de
la SPF
H. Medina**

**E. Benedetti
M. E. Otero – M. Soler –
G. Giorla – M. A. Pezo
del Pino
E. Berardo
R. Stöck
P. Hupert
L. Grandal**

Micropolíticas de los gestos

Experiencias en con-vivencias en un hogar de protección de la infancia

Lic. María Florencia Basualdo, Lic. Vanesa Chaves, Mg. María Soledad Dawson, Lic. Lorena Naveira, Lic. Gabriel Paiva, Lic. Gilda Podestá, Dra. Marina Vegh, Lic. Victoria Zallocco (Directoras, Coordinadoras de Departamentos –de Trabajo Social, Jurídico, Psicología, Aprendizaje– y Equipo Técnico de la Fundación Juanito)



*Perdido en la noche el silencio
La tarde que se hace distancia
Misterios que el tiempo descifra
Ese, ese es su respiro.
“Guanuqueando”, Divididos.*

Empieza el día. Luz y sombra

BLANCO Y NEGRO

(Diálogo telefónico) –Dr., no quisiera recordarle que el niño está viviendo en un Hogar porque fue víctima de una apropiación. ¡Por favor, no minimize la situación! Lo tengo que dejar... Sí, hablamos mañana.

(Por el portero eléctrico) –Hola, ¿estoy acá! ¿¿¿Me abren??? No encuentro las llaves... ¡Ya toqué tres veces! Ah, no, dejen... Ahí las encontré.

(Siempre trabada//entrada/salida)

Estar frente a la puerta es recibir una fuerte presión que empuja desde adentro, como si, advertidos de la presencia inminente, se agolparan los intensos flujos vitales que habitan el espacio. ¡Hay tanto mundo en ese umbral!

Entrar no es sin esta resistencia que advierte el torbellino.

¡Los veo! ¡¡Vienen corriendo!! Hablan a borbotones mientras patinan en el patio y me tironean para que escuche... y escucho. ¿Cómo no hacerlo?

“¿Hoy viene mi mamá?”, “¿Cuándo me voy a ir?” y, en simultáneo, se enojan con su compañero de juego.

Me toman la mano y, un poco más allá, me invitan a jugar mientras me dicen “fílmame patinando”, y esquivo como puedo la pelota del partidito improvisado frente al arco.

“¿Ya apareció una familia para mí?”. Bracitos que se abren cual alas, abrazan a quien llega con la impronta de una opción esperanzadora. Ojos que miran el cielo, como en busca de respuesta... No saben de plazos, pero conocen de tiempo...

Hay un ritual de preguntas repetidas que apuntan a recordarnos *para qué estamos*, para azuzarnos, por si nos hubiera ganado la desidia o la máquina de fagocitar la vida, precipitada en los múltiples accionares repetitivos y mecánicos de los aparatos burocráticos.

–“¡A tomar la leche!”. Es la llamada al nuevo y repetido encuentro. La convivencia deja abierta la producción de las rutinas que organizan el “estar ahí”, en la *familiaridad*. Adultos y niños se disponen a la interrupción, a lo acontecimental/novedoso que se genera/generan en esta continuidad del existir.

En el estar del Hogar se sienten los cuerpos que están próximos, y también los cuerpos alejados, escondidos, que miran, ¿me miran? Desde esa distancia... que es ajenidad y desafío. Siempre como en el umbral, casi a punto de entrar, en los bordes.

Una mirada viene de la rama del árbol que está justo en medio de la plaza de juegos y llega hasta quien la atrapa, con la severidad de un dardo, mezcla de enfoque de cámara fotográfica, repliegue y posible ataque, agazapada.



*He ejecutado un acto irreparable,
he establecido un vínculo.
En este mundo cotidiano,
que se parece tanto
al libro de las Mil y Una Noches,
no hay un solo acto que no corra el albur
de ser una operación de la magia,
no hay un solo hecho que no pueda ser el primero
de una serie infinita.
El Tercer Hombre, J. L. Borges.*

En el cotidiano del trabajo de una institución dedicada a la protección de la infancia, donde conviven 24 niños y adolescentes, abrazar la vida diaria, cuidar/criar a los niños más castigados, exige un posicionamiento subjetivo amasado en la alquimia de sensaciones, sentimientos, pensamientos, acciones que se mixturán profundamente en lo institucional.

Un com-posible de microscópicas historias se entremezcla en el aire y arma una brisa colectiva, potente y especial que refresca de intensidades los recorridos inciertos de la *existencia común*.

Se trata de un con-vivir en transformación por un compromiso político-colectivo, que atraviesa y sostiene las gestualidades en esos que se vuelven pequeños cuerpos, muchas veces desolados, disponibles, tiernos, lastimados, que se acercan, se alejan, se entraman.

ROSA

Las flores, para existir, "tienen que vencer, a causa de la ley que las encadena al suelo, dificultades mucho mayores que las que se le oponen a la multiplicación de los animales. Así es que la mayor parte de ellas recurren a astucias y combinaciones, a acechanzas que, en cuanto a ballística, aviación y observación de los insectos, por ejemplo, precedieron con frecuencia a las invenciones y conocimientos de (lxs humanxs)".
La inteligencia de las flores, Maeterlinck.

En el devenir de la institución, transitan niñeces y adolescencias arrasadas. Se agitan y encuentran psiquismos fragilizados por las múltiples violencias sufridas en lo que Ona Sujoy llama "catástrofe vincular".

El cruce con esas existencias devela el daño en la malla protectora del lazo social, manifestándose en carne viva, abierta en las heridas. Heridas palpitantes, que se despliegan muchas veces en conductas disruptivas, gestos abrumadores, impactantes y desconfiados, paradójicamente convocantes de la presencia del otrx. Se enlazan, en la cotidianeidad, entre encuentros y desencuentros que posibilitan desde lo colectivo la emergencia de *lo singular*.

Cuerpos de niñxs que transitan por numerosas instituciones bajo la forma de expedientes/legajos, seriados... ¡vaya violencia! Se habla *de* ellxs, *sobre* ellxs; de sus marcas, del descuido, del dolor, de su sobreadaptación anestésica para sobrevivir a aquello que, de otro modo, se torna insoportable.

Se manifiestan incertidumbres, desbordes y anhelos que persisten cada día. ¿Cómo armar un proyecto que sustente condiciones vitales de existencia? ¿Cómo acompañar y armar escenarios 'de lo posible'?

"COLOR PIEL"

N: -¿Me das un lápiz color piel?

V: -¿Cuál sería el color piel?

N: -Color piel, el de los humanos...

V: -¿Pero cómo sería? No sé qué color es...

N: -No sé, color piel (se quedó pensando). En realidad, no existe el color piel.



En los hogares se despliegan dispositivos, estrategias, intervenciones pretendidas desde la ética de la hospitalidad, que insisten en lo vital, que propenden a habilitar y dar lugar a la potencia que emana de los gestos. El desafío es generar un acto que propicie el mutar un estado de cosas a través de esos gestos que necesitan ser leídos, escuchados, para vivir o para fugar. Gestos que van germinándose, pidiendo ser cultivados.

Se despliega un entretejido de prácticas rizomáticas, que abren a una experiencia vivificante de los cuerpos. Es decir, que hacen lugar a una red que produce desde lo colectivo/singular y que aloja, que soporta, que apuesta, que se implica, que acompaña, que busca, que se despista. Una red de cuidado y afecto que arma y genera condiciones éticas de humanización, en un hacer *con* y *entre* otrxs, siempre situacional, siempre singular.

Se va configurando un engranaje performático capaz de sostener (o desatar, a veces) el dolor y los embates, que *arma cuerpo común* para hospedar, contener y ser parte de las efectuaciones que se desbordan en los cuerpos, que producen impotencias/desalientos compartidos, que pueden acomodarse y transformarse en las circunstancias, resistiendo lo absurdo y lo establecido, la maquinaria burocrática mortífera que insiste y resiste.

Por eso la intención de poner a jugar en un texto intensidades e insistencias de los gestos. La necesidad de darles cuerpo a los ges-

tos como un acto de transmutar piedra en aire, cuerpos fosilizados a cuerpos vibrátiles, sintientes, cuerpos colectivos, siempre intervenidos afectiva, estética y políticamente.

El desafío que se presenta es disponer un terreno fértil para el cultivo de una potencia en proceso, que posibilite el tránsito para el despliegue de una experiencia de transformación.

Se precisa de una gran delicadeza para armar en la multiplicidad vincular otras tramas y otras posibilidades, en tanto la ética del cuidado. Sueña a una canción de Drexler: *"Ir y venir, seguir y guiar, dar y tener, entrar y salir de fase, amar la trama más que el desenlace"* (La trama y el desenlace).

ROJO

En el año 2019, la pensadora brasileña Suely Rolnik cuenta la historia de un río del Amazonas podrido por las toxicidades que una fábrica industrial vertía sobre él. Según los aldeanos, el río encontró una forma subterránea de seguir vivo.

L: *—Dejame, estoy enojada... no quiero estar acá... acá no nos cuidan, no nos dan nada.*

"No puede conectarse con el otro", "No puede demostrar afecto", "Pobrecita" (decían algunas de las etiquetas previas que acarrea L.).

¿Cómo sería una lectura de los gestos? Lila Feldman, psicoanalista, sostiene: "Leer es una operación subjetivante. Leer y escribir es extraer de un enigma su potencia". Propone una lectura "en los márgenes, en los olvidos, en lo confuso, en el error, en el sueño, en el síntoma, en el cuerpo, allí donde leemos sus inscripciones pulsionales y deseantes" (Feldman, 2019).

Una imagen la presenta a L. escondida, temerosa; ella quiere estar con su mamá y, en el mientras tanto, se escapa, no se deja ver. Hasta que alguien la encuentra. Lila sugiere que leemos mejor cuando nos atrevemos a escribir una experiencia. Lo que leemos, cuando ha sabido tocarnos, puede ser fecundo y potente, posibilitador de otras escrituras menos sufrientes.

Como Equipo Profesional que trabaja transdisciplinariamente en la problemática de la protección de la infancia vulnerada, sostuvimos el

ir, una y otra vez, a pesar de los embates y su resistencia, al encuentro de L. Ciertamente, la distancia emocional se palpitaba, y habitaba en nosotrxs la dificultad para comprenderla y entender aquello que no aparecía en la palabra, sino a través de desbordes e insultos. Gestos y más gestos, sin lugar, irrumpiendo disruptivamente.

El estar, el habitar, el transitar en el Hogar con otrxs, pares y adultxs, fue armando camino para la construcción de otros lazos. Se nos impuso la dificultad de hacer con lo que aparecía como un “vitalismo turbio” (Lapoujade, 2016).

Fue necesario, como en tantas otras situaciones, sostener la incertidumbre para no producir obturaciones, taponamientos desatinados en el apuro por resolver. Sin saber de antemano, nos prestamos a esa “potencia defectuosa” en tanto que no se adecúa a los regímenes o al sistema dominante. ¡Como si estuviera en manos de alguien la resolución de una vida! Se hizo y se hace necesario pensar, hacer y construir en la medida en que las situaciones fuerzan una dislocación.

Suena a lo que dice Rolnik sobre la “brújula ética”: ni mapas, ni instrucciones, ni protocolos, sino cartografías que se producen en el devenir con otrxs, juntxs, desde el deseo en tanto potencia de vida y que arman mundos, mundos plenos de gestos, gestos que transcriben inmensos mundos experienciales delatando las demandas de la vida en su insistencia de persistir manteniéndose fecunda cada vez que se ve impedida de fluir. Será necesario diferir, surcar la diferencia.

Qué difícil transitar entre la espontaneidad de los gestos que, a la vez que son sostenidos en algunos puntos, se escapan a los datos que arman historia. La historia de L., como la de todxs lxs que viven en Fundación Juanito, podría volcarse en datos interminables, escritos, expedientes, ires y venires, y quedar capturada allí.

¿L. se escondía para ser encontrada? ¿Qué quería dislocar con ese gesto, esa conducta? ¿Qué actualizaba el gesto? ¿Qué estrategias movilizaba? Lila Feldman señala que tanto pasado, presente como futuro no están cerrados porque leemos. La lectura, como acto político, amplía lo que somos capaces de ver. Como operación subjetivante devuelve, posibilita, amplía un gesto. Nunca es fiel, ni textual. Invoca preguntas. Despliega la escritura de una experiencia envuelta en un gesto. Narra un devenir, un pasaje turbulento, tembloroso, que es recibido porque es allí, en ese terreno, donde se lleva a cabo el trabajo.



Los gestos aparecen como desobediencias, resistencias, revueltas: “Será(n) en ocasiones el prólogo de una crisis, la convocatoria a una conversación, a un trabajo de pensamiento o a una mirada que aloje, a una forma de supervivencia psíquica, de restituir libertad, de reintroducir actos expulsados, sepultados” (Feldman, 2019).

La familia “de origen” irrumpía. Las redes sociales disparaban encuentros-desencuentros que precipitaban contactos. Una “madre” que se movía entre ausencias y presencias, latente y en suspensión, operando en las posibilidades de armar un proyecto familiar otro. L. quedaba en espera activa, deseante, sufriente, ante una madre que no venía, pero se presentaba por las fisuras de la virtualidad.

La vida continuaba, y L. aprendía a tocar la guitarra y armaba lazos con quienes compartía paseos y experiencias. Esa misma L. distante que conocimos, que leía muy bien, pero se subsumía en el silencio en la escuela, que escribía historias hermosas, pero no completaba las evaluaciones. Así, poco a poco, fuimos siendo con ella.

Marcelo Percia acerca una idea de lazo: “Hacer un lazo social es habitar un temblor. El otro se hace presente como turbulencia, como suavidad, como crueldad (...) El otro es un estremecimiento que se quiere tener, evitar, controlar, cuidar, negar, desterrar” (Percia, 2013: 94).

Con este panorama, fuimos armando con la escuela y el equipo docente un proyecto de sostén, de manera que L. pudiera confiar y desplegarse.

Lo gestual deja al margen, en suspenso, por un momento, a la palabra. Tiene la potencia de suscitar lecturas y escrituras. Hay gestos de aire, vitales, plásticos, pero también los hay de piedra, rígidos, embalsamados. Lo gestual pone en juego lecturas sobre un movimiento o una imagen. ¿Qué encarna el gesto? ¿Qué es lo que transmite?

Sin embargo, las múltiples lecturas que suscitan esos gestos son parte de las micropolíticas en las que se despliegan. Allí, en esos espacios, danzan los posibles. Didi-Huberman señala que “los gestos son a la historia de los humanos lo que los fósiles son a la historia de la tierra: ámbitos de reminiscencia” (Didi-Huberman, 2008: 5). El filósofo francés sostiene que quienes sobrevivieron a un trauma suelen realizar gestos supervivientes: gestos como respuesta a quienes ya no están, gestos de otros que se graban, nos habitan y que son habitados (gritan o susurran como formas de hacerse escuchar).

Los gestos escriben, con sus particulares trazos, historias imposibles de contar. ¿Cómo descifrar aquello que éstos dibujan? Presentan lo que la historia, tanto singular como colectiva, no sabe de sí misma, va más allá de ella. Según Agamben, la relación entre gesto y fotografía implica que la fijeza y la irrevocabilidad de esa imagen captada no borra su historicidad ni su singularidad, ni siquiera invalida la fecha indeleble en la cual se la capturó.

Allí, en ese espacio, es que la potencia del gesto puede remitir a otro tiempo, más actual o más urgente, que lo mantiene vivo aun a pesar de lo cronológico. Un gesto habita múltiples tiempos. El gesto como instantánea, como un dibujo de otras formas, otras vidas (Agamben, 2005).

Así, recoge palabras de Foucault; refiere que la escritura produce “la apertura de un espacio en el cual el sujeto que escribe no termina de desaparecer” (Agamben, 2005: 2). Agregamos lo grupal: quienes escriben, en tanto escritura colectiva, buscan fervientemente descifrar lo inexpresado en todo acto de expresión. ¿La potencia de un gesto es exceder los pensamientos posibles sobre él?

El gesto tiene algo de indescifrable hasta que le responden otros gestos: se lo ve/mira, se lo escucha, hasta que se lo pone a jugar *con* y *entre*. Agamben señala que “una vida ética no es simplemente la que se

somete a la ley moral, sino aquella que acepta ponerse en juego en sus gestos de manera irrevocable y sin reservas. Incluso a riesgo de que, de este modo, su felicidad y su desventura sean decididas de una vez y para siempre" (2005: 11). En el gesto se habita y habita lo no-dicho. Allí, en lo que tiene de ilegible, se desata la lectura de quien está merodeándolo: lo extraño/inentendible/ajeno/extranjero que pone en juego una escritura. Una escritura con letra sensible, hospitalaria de lo sufriente.

Un gesto puede quedar inerte/desamparado sin la interpretación/lectura del lector. Puede ser hospitalario o rechazar en su devenir. Entre ellos hay un vínculo fecundo; cuando éste se siente tocado se convierte en materia. Agamben afirma que el gesto es fruto del "encuentro y del cuerpo a cuerpo con los dispositivos que ha sido puesto en juego –si lo fue–". Señala que "la historia de los hombres no es quizá otra cosa que el incesante cuerpo a cuerpo con los dispositivos que ellos mismos han producido (...) Una subjetividad se produce donde el viviente, encontrando el lenguaje y poniéndose en juego en él sin reservas, exhibe en un gesto su irreductibilidad a él" (Agamben, 2005: 15).

AZUL

P: *–Él no es ni mi papá ni mi mamá para pegarme.*

P: *– ... Yo me iba de casa.*

V: *–¿Y adónde ibas?*

P (tapándose la cara): *– No me hagas acordar de eso.*

Los discursos que circulaban en torno a P.: *"Él antes, en la calle, seguramente se sentía libre, hacía lo que quería y algunos vecinos decían que robaba en la parada del colectivo, se lo veía con pibes más grandes que él". Estaba muy movilizado, en el último tiempo intentamos poner eso en palabras. Estaba muy enojado, no entendía el motivo (del ingreso al hogar), se culpaba: "porque yo salía a robar".*

En la escuela anterior: *"Cuando se enoja porque lo molestan o no se hace lo que él quiere, P. empieza a gritar, patear la puerta, la pared, insultar. Ha intentado pegarle a alguno de sus compañeros. En este primer bimestre tuvimos que llamar al SAME psiquiátrico".*

Cuando los gestos se malinterpretan, generan lecturas simplificadas y avasallantes: avanzó así, la "mágica solución" y temida también:

la medicalización como respuesta inmediata frente a las incertidumbres, como terapéutica certera frente a lo imprevisible, produciendo el silenciamiento de los gestos, lo insoportable, lo inadmisibile, lo no adecuado, las expresiones del dolor.

Y respecto de su hermana C., decían: *“Muy triste, callada, desmotivada, muy introvertida y sin interés de involucrarse con sus compañerxs”*.

Pasó un año de muchas vivencias y con-vivencias en un nuevo dispositivo de cuidado, un hogar de protección, donde lxs niñxs se adentraron paulatinamente, junto a lxs adultxs, a nuevas experiencias transformadoras, en un ir y venir en la escuela, sosteniendo cada “crisis”, cada “brote”, cada angustia, se fue tejiendo de a poco un lugar: no sólo para el saber, sino también lugar de pertenencia, de potencia, de cuidado, de conmovedora paciencia, aun sin entender bien qué sucedía.

Actualmente P. le pide a su mamá que se cuide. Su hermana, C., insiste: *“pero cuidate bien”*.

“Hoy, C. es una nena que viene contenta a la escuela, saluda con un beso, tiene ganas de aprender, muestra interés, dibuja y pinta con muchos colores”, dice su maestra actual. P. ya puede leer sin estallar en enojo. *“Vos me ayudás muy bien”*, mientras sigue escribiendo un cuento. Un cuento que termina *“y fueron felices”*.

Las historias reales no tienen un final ni un punto de llegada, sí múltiples puntos de partida. Siempre que sigan una trama vital habrá posibilidad de construcción, de co-construcción, de de-construcción, de elaboración, de invención.

¿Qué hacer con la desidia, con la intrépida acogida de lo mortífero que resiste la transformación de su fuerza en otras fuerzas igual de potentes pero menos destructivas?

Más acá y más allá de los gestos

Coexistimos en un mundo desenlazado en cuerpos que llegan tan arrasados como potentes y supervivientes. Es ese arrasamiento lo que se transforma muchas veces en potencia vital que resiste e insiste. Y estos cuerpos gestan gestos para ser leídos, tanto más para ser habitados, sentidos. Los gestos aparecen cartografiando gamas de destituciones, de alumbramientos, de enjambres de dislocaciones,

de tejidos y cocciones afectivas, sensoriales. Ubican un tiempo y un espacio, y allí bordean mundos experienciales, tan permanentes como los surcos que pueden dejar en la piel, tan fugaces como el tránsito de una lágrima por el rostro.

Los gestos se muestran como esquirlas de las inscripciones y las excripciones de las existencias, de lo traumático, lo roto, lo desanudado, del existir, conformándose en entramados que abren espacios y tiempos donde ocurren los cuerpos y sus encuentros. Un ocurrir que abre mundos a partir de sus sucesivas mutaciones. Son sensibles: se ven, se escuchan, se degustan, se tocan, hasta se huelen, a veces, como conexiones máximas con indicios mínimos.

Los gestos aparecen como ráfagas inseminantes o diseminantes de vida, movimientos de proliferación y estupefacción, alterando la sensibilidad, produciendo efectos estimulantes, deprimentes, narcóticos o alucinógenos. ¿Cómo saber qué es efecto de qué? ¿Son los gestos efectos, expresiones de nuestras emociones, sensaciones, estados, reacciones? O bien ¿somos efecto de los gestos que nos delinean, recorren nuestros contornos, y allí forman surcos, producen circuitos y recorridos de intensidades e impulsos energéticos, y moldean nuestros cuerpos, según reaccionen a otros cuerpos efectos de otros gestos?

A veces, pueden guiar como cartas de navegación, otras tantas, obturar, restringir, expeler, rechazar todo signo vital. Despliegan el ser en el mundo. Estar ahí, afuera, expuestos como inaprehensibles líneas de fuga que hacen advenir lo posible. No se sabe lo que puede un gesto, hasta dónde llegará su multiplicación infinita, en agenciamientos colectivos de enunciación habilitantes del desprendimiento de identidades fijas.

No se pueden prever los gestos, ni sus componentes mutacionales, ni sus asperezas semióticas, ni hasta dónde serán capaces de producir efectos de desterritorialización.

Un gesto porta los agenciamientos colectivos de deseo que construyen balsas capaces de resistir a las componentes represivas y, sorteando su caos, crea efectos de travesías y de tomas de tierra, o bolas de nieve (Deleuze, 2013).

Si devenimos otros con otros, entonces somos los gestos haciendo eco de las multiplicidades de tantos otros más, gestos en tanto efectos biopolíticos, que apelan a la escucha, al habitar con otros.



Si el gesto se gesta es porque importa algo de un proceso, de un cultivo. ¿Cómo cultivar los gestos? ¿Cómo hacer de ellos territorios fértiles para sembrar y hacer que se desarrollen experiencias de vida transformadoras? ¿Cómo no generar desiertos inhóspitos, movimientos arrasadores, o simples estructuras repetitivas y reiterativas bidimensionales que supriman la esfera de lo vital?

Apostar a una micropolítica de los gestos es desistir de una morfología de la anestesia, implica también el rechazo de la indolencia y sus variantes. Es apostar a las transformaciones, a los procesos, a que puedan ser puntos indelebles de quiebre, como también expresiones que escapen al dominio y la domesticación de las pasiones.

Un gesto es diseminación plena y abre sin fin al abismo de la existencia, en plural.

Bibliografía

Agamben, G. (2005). *El autor como gesto. Profanaciones*. [PDF]. Disponible en <https://ayciiunr.files.wordpress.com/2014/04/agamben-giorgio-el-autor-como-gesto.pdf> Fecha de revisión: 17/05/2020.

Berenstein, I. (2008). *Devenir otro con otros*. Buenos Aires: Paidós.

Didi-Huberman, G. (2008). El gesto fantasma. Acto: *Revista de pensamiento artístico contemporáneo*. [PDF]. Disponible en http://www.iheal.univ-paris3.fr/sites/www.iheal.univ-paris3.fr/files/9.4%20Didi_Huberman%20el%20gesto%20fantasma.pdf. Fecha de revisión: 17/05/2020

Borges, J. L. (2011). *Poesía completa*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

Divididos. (2010). Guanqueando. *En Audio y Agua. Amapola del 66 en el Luna Park*. DB/300.

Feldman, L. (2019). Política del síntoma: leer y escribir como política. [Artículo]. Disponible en <http://lobosuelto.com/politica-del-sintoma-leer-y-escribir-como-politica-lila-maria-feldman>. Fecha de revisión: 17/05/2020.

Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Buenos Aires: Cactus.

Hadricourt, A. (2019). *El cultivo de los gestos entre plantas, animales y humanos*. y Bardet, M. *Hacer mundos con gestos*. Buenos Aires: Editorial Cactus.

Maeterlinck, M. (2014). La inteligencia de las flores. Asociación Lengua Franca y Taller de Edición Rocca. [PDF]. Disponible en <https://prodiversitascolombia.files.wordpress.com/2018/02/la-inteligencia-de-las-flores.pdf>. Fecha de revisión: 08/03/2020.

Lapoujade, D. (2016). *Deleuze, los movimientos aberrantes*. 1a. ed. Buenos Aires: Cactus.

Percia, M. (2013). *Deliberar las psicosis*. 1a ed. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Rolnik, S. (2018). *Esferas de la insurrección*. 1a ed. Buenos Aires: Tinta Limón.

Sztulwark, D. (2018). Vitalismo “turbio” o los movimientos aberrantes en Gilles Deleuze. [Artículo]. Disponible en <http://lobosuelto.com/vitalismo-turbio-deleuze-sztulwark>. Fecha de revisión: 17/05/2020.

Toporosi, S. (2018). *CARNE VIVA. Abuso Sexual Infantojuvenil*. 1a ed. Buenos Aires: Editorial Topía.